

noche, cuando la madre entró en el aposento donde dormía su hijo; y como era corta la ropa referida, notó que por debajo de ella le sobresalían dos pies. Pasada quedó la mujer con tan extraña novedad, y, llena de admiración, salió a decírselo a su marido. Aseguráronse entrambos y sintiéronse tan poseídos de asombro, que durante un buen rato no pudieron decir palabra. Vueltos en sí, despertaron a su hijo que dormía con profundo sueño; y el padre, que no acababa de creer lo que veía, le preguntó:

—¿Qué es esto, hijo, que te vemos dos piernas?

Respondió el joven:

—Yo, padre, no sé lo que me dice. Lo que sé es que estaba durmiendo, y soñaba que asistía a la Santa Capilla de Nuestra Señora del Pilar, y que me untaba con el aceite de sus lámparas.

El padre, llorando de gozo, le dijo:

—Hijo, da infinitas gracias a Nuestro Señor y a su Madre Santísima del Pilar, tu abogada; porque ya esta Señora te ha curado y restituido la pierna.

El joven, viéndose efectivamente bueno y sano, comenzó a bendecir a voces a la Virgen Santísima, y así él como sus padres se deshacían en copiosas lágrimas de alborozo. A todos les parecía estar en el Cielo, según la suavísima fragancia que sentían, muy diferente de todos los buenos olores de la tierra. Este olor suavísimo duró muchos días en aquel dichoso aposento, y se tuvo como fiel testimonio de la visita del Cielo.

A las voces del asombroso milagro, que se oían en aquella casa, acudieron los vecinos, y pasando la voz de unos en otros, concurrió todo el lugar, admirando y celebrando tan estupendo prodigio, y renovándose los aplausos, bendiciones y alabanzas a la Virgen Santísima del Pilar. A cada uno que venía de nuevo se le refería todo el suceso, sin que cansase repetir de nuevo el relato. Así se cumplió en María Santísima lo que de la condición liberalísima de Dios dijo San Agustín: que «no niega lo que con fe se le pide, aunque a veces lo difiere para tiempo más oportuno».

Divulgóse luego por todo el reino tan estupendo milagro. Vino el joven a Zaragoza a dar las gracias a la Reina de los ángeles, María Santísima del Pilar, su bienhechora, y aquí se hizo averiguación jurídica de todo el caso por el Tribunal Eclesiástico, a instancias de la misma ciudad. Hízose también consulta de teólogos, juristas, médicos y cirujanos; y bien examinadas todas las circunstancias y sustancia de lo sucedido, pasó el Juez Eclesiástico a dictaminar la verdad del milagro, el día 27 de abril de 1641. Los testigos oculares, que habían conocido al dicho joven sin pierna, y después de dos años le vieron sano con ella, eran muchos millares.

Hojitas de Fe

Ahí tienes a tu Madre

III

4. Fiestas de la Virgen

Historia de Nuestra Señora del Pilar

Entre los cien títulos de gloria que enaltecen la heroica e inmortal ciudad de Zaragoza, ninguno más puro y legítimo que haber hollado su suelo la Virgen Santísima con su planta virginal cuando aún vivía en carne mortal, dejándole como recuerdo de tan preciosa visita la Imagen y el Pilar que se veneran con un culto verdaderamente cristiano y fervoroso.

Una tradición antiquísima, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, y cuyos monumentos incuestionables se conservan en el Cabildo Metropolitano, refiere tan singular suceso. En estas líneas, con motivo de los 1975 años del hecho, queremos dejar constancia del mismo, como también del grandísimo milagro que acreditó la realidad de la venida de Nuestra Señora.

1º Relato de la venida de la Virgen en carne mortal a Zaragoza.

Después que los Apóstoles recibieron el Espíritu Santo el día de Pentecostés, se separaron para ir a evangelizar la región que a cada uno le había señalado la divina Providencia. A Santiago el Mayor le cupo en suerte la Península Ibérica, y antes de su partida se arrojó a las plantas de la Santísima Virgen pidiéndole su bendición.

Ve -le dijo entonces la amorosa Madre-, cumple el mandamiento de tu Maestro, y por él te encargo que en aquella ciudad en que mayor número de habitantes convirtieron a la fe, edifiques una iglesia en mi honor, como yo misma iré a indicártelo.

El bienaventurado Apóstol, alentado con la bendición de la celestial Señora, partió de Jerusalén y en breve llegó hasta España, predicando el Evangelio de Cristo. Cruzó la tierra de los cántabros, recorrió Galicia y, volviendo por Castilla, llegó a Aragón para llevar la luz de Cristo a la ciudad predilecta de Augusto, que por eso se llamaba César Augusta y hoy Zaragoza.

A los pocos días de predicar en aquella ciudad, logró convertir a siete varones, que se unieron a él como discípulos. De día los instruía en la nueva doctrina del reino de Dios, y de noche se retiraba con ellos a las orillas del Ebro a descansar de sus apostólicas tareas, entregándose a la oración y elevándose a la consideración de la divina omnipotencia y de la misericordia inagotable de aquel Dios, que, siendo inmortal, se había dignado hacerse hombre para redimir a miserables criaturas.

Estando una noche absorto en tan santos pensamientos, le vino el recuerdo de la divina Madre y el encargo que le había hecho de edificar un templo en su honor. Pidióle entonces con vivas ansias que apresurase la hora de venirle a visitar según su promesa. Cuando más arrobado estaba en este dulce recuerdo, unas suavísimas armonías y cantos de ángeles vinieron a sacarle de su éxtasis. «*Dios te salve, María, llena de gracia*», resonó en el cielo; «*llena de gracia*», repitieron los ecos de la ribera, y millares de espíritus angélicos llenaban los espacios con la suavidad de sus voces, cantando alegres maitines en honor de su gloriosísima Reina; y entonces la Santísima Virgen, vestida de luz celestial y cubierta de indecible hermosura, vino al encuentro del Apóstol, dejándose ver sobre un Pilar de jaspe, ante el cual cayó Santiago de rodillas, todo enajenado de gozo. Entonces la Virgen le dijo:

Este es, hijo mío, el lugar que he elegido por morada; aquí me edificarás un templo y erigirás un altar junto a esta columna en que mis pies descansan. Me la ha enviado mi Hijo desde el cielo por ministerio de los ángeles, y en ella obrará el Altísimo grandes maravillas en favor de los que aquí me invocaren con confianza; yo moraré en este lugar y nunca faltarán cristianos que adoren a su Dios aquí donde pasaron mis plantas.

Cesó de hablar la augusta Señora, y los ángeles, volviendo a tomar consigo a su Reina, se la llevaron tal como la habían traído, elevándose el glorioso cortejo por los aires hasta desvanecerse como un sueño de gloria. Dejó esta visita al santo Apóstol bañado en lágrimas de pena y de consuelo al mismo tiempo: de pena por la ausencia de esa dichosa visión que por un momento convirtió la noche en luz del paraíso, y de consuelo por la inefable dulzura de que María dejó inundada su alma. Como fecha más probable de este suceso se ha fijado el 2 de enero del año 40 de nuestra era.

Sin pérdida de tiempo se puso a edificar una modesta capilla donde quedaron colocadas la Imagen y su santo Pilar, que fueron como antorcha resplandeciente para iluminar a los hijos de Iberia, sentados hasta entonces en las sombras de la muerte. Durante los veinte siglos que luego pasaron, ha cumplido María fielmente su promesa, pues jamás han faltado en el suelo de España cristianos y ferrosos fieles.

No faltaron en la época de las persecuciones, en la cual dieron su sangre y vida, además de la ilustre virgen Engracia, toda aquella pléyade de héroes que la Iglesia ha canonizado con el nombre de Innumerables Mártires de Zaragoza. No faltaron en los ocho siglos de la dominación musulmana, durante los cuales, por evidente milagro, jamás hubo de cerrarse el templo de Nuestra Señora del Pilar. No faltaron cuando el protestantismo y otras herejías azotaban a las demás naciones, envolviendo la Europa entera en un diluvio de males, sin que lograsen penetrar en España, gracias a la protección de la Virgen del Pilar sobre los españoles.

Después, la fe del pueblo español construyó el grandioso templo actual, en cuyo interior está encerrada la llamada *Capilla Angélica*, formada de exquisitos mármoles dispuesta en forma elíptica, y decorada con las magníficas pinturas del célebre Goya. En ella está el altar de la Santísima Virgen como una perla

dentro de su concha. Los fieles pueden besar la sagrada columna por la parte posterior, mediante una abertura hecha en la pared. Una elegante y valiosa verja de plata separa el altar del sitio donde los fieles se ponen a rezar. Continuamente están ardiendo delante de la sagrada imagen un sinnúmero de cirios, y a todas las horas del día se ven devotos orando con fe y admirable piedad.

Innumerables son las gracias otorgadas por la Virgen del Pilar, como bien lo muestra la muchedumbre de ricos y artísticos exvotos guardados en los armarios de su sacristía. Los vestidos con que se cubre la imagen son variadísimos y de extraordinaria riqueza. La imagen es pequeña y está con el Niño Jesús en los brazos, el cual con una mano se apoya en el manto de la Virgen y tiene en la otra un pajarito.

2º Curación de un cojo por la Virgen del Pilar.

La verdad de la aparición de la Virgen del Pilar en Zaragoza viene abonada por uno de los milagros mejor probados de toda la historia, dada la gran cantidad de pruebas documentales con que cuenta. Es el famoso milagro de Calanda. He aquí su historia.

Miguel Juan Pellicer, natural de la villa de Calanda, en el Arzobispado de Zaragoza, mientras se hallaba en Castellón de la Plana en casa de un tío suyo, llevando cierto día un carro cargado de trigo, se cayó de él con tan mala suerte que una de las ruedas, pasándole sobre la pierna derecha, se la quebrantó y la dejó muy maltrecha. Enseguida lo llevaron a la ciudad de Valencia para curarlo, y en el hospital le aplicaron muchos remedios, pero le fueron de poco provecho, porque el Señor, para su perfecta curación, le reservaba una cirugía más espléndida.

A ruegos del paciente, lo llevaron al hospital general de Nuestra Señora de Gracia ubicado en la ciudad de Zaragoza, pero los nuevos remedios fueron igualmente ineficaces, dado que la pierna se hallaba casi podrida. El último remedio de su curación fue cortársela antes de que la gangrena contaminase el resto del cuerpo y pusiese en riesgo la vida.

Así volvió al Santuario de Nuestra Señora del Pilar, y reiterando las súplicas a la Madre de Dios, que es consuelo de afligidos, se ungió el reciente muñón de su pierna con el aceite de las lamparitas que alumbraban la capilla.

Esto mismo siguió haciendo muchos días, a pesar de que algunos le advirtieron que la humedad del aceite podría impedirle la perfecta consolidación de la cicatriz de su pierna. A la puerta de esta santa iglesia se quedó durante un cierto tiempo, sustentándose con las limosnas que le ofrecían los fieles, hasta que el amor de sus padres le hizo volver a su patria.

Llegó así la noche del 26 de marzo de 1640. Afligida su madre de ver al hijo sin pierna y con tanto infortunio, recurrió a la Santísima Virgen del Pilar, pidiéndole se compadeciese de ella y de su hijo; y el joven también imploró su intercesión con más fervor, al oír las lastimeras súplicas de su pobre madre. Retiróse el joven a descansar, sin otra cama que un jergón de esparto y la capa de su padre, que le servía de manta para cubrirse. Sería entre las diez y once de la